

1243

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios
Por la Facultad

Ernesto Malaccorto
Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo
Jacobo Wainer
Por la Facultad

Máximo J. Alemann
Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tardif
Por el Centro de Estudiantes

Año XVI

Mayo 1928 Serie II - N° 82

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

1043
515

Fundamentos de la ciencia económica

Al Dr. HUGO BROGGI.

1. — En los primeros días de la gran guerra de 1914, profetas y agoreros profesionales proclamaron con grande estrépito, entre muchas otras cosas, la bancarrota de la economía política tradicional. La guerra — según ellos — demostraba el fracaso de aquella ciencia, y derrumbaba todas las construcciones proseguidas hasta entonces, laboriosamente, por varias generaciones de ilustres economistas. Sus leyes eran falsas, y las previsiones que en ellas pretendían fundarse, veíanse ahora desmentidas por el cúmulo vertiginoso de fenómenos nuevos que la guerra desencadenaba.

Había que construir, pues, una nueva ciencia económica; y los agoreros dieron mano a la obra con la intrepidez propia de la ignorancia. Ciertamente es que contaron, al emprenderla, con el precioso auxilio de algunos escritores incautos, mucho mejor proveídos de buena intención que de sana doctrina y erudición histórica. Entretanto, algunos economistas auténticos, de viejo cuño, nutridos en las enseñanzas de la economía clásica, verificaban, con la lógica inexorable de los hechos, que la gran guerra iba provocando la verdad de las viejas teorías.

En 1911, Mafeo Pantaleoni, profesor entonces de la Universidad de Roma, había publicado en el *Giornale degli Economisti*, un admirable estudio sobre la teoría de los precios políticos. Para ilustrar la cuestión debió formular, como en efecto lo hizo, varias hipótesis teóricas acerca de un bazar en el que regía, total o parcialmente, un sistema de precios políticos. Ocho años más tarde, en plena guerra, la revolución bolchevista de Rusia verificaba la teoría, comprobando todas sus previsiones; prueba muy significativa, como se ve, de la bancarrota de la economía política tradicional (1).

En los primeros días de la gran guerra, mientras los profetas y los agoreros *demostraban* infelizmente que aquélla sólo podía durar pocas semanas, o, a lo sumo, pocos meses, Vilfredo Pareto, otro ilustre cultor de la vieja ciencia, sostenía (y los hechos iban a darle muy presto la razón), que

(1) M. PANTALEONI, *La fine provvisoria di un'epopea*, pp. 1-53, Bari, Laterza, 1919.

los Estados beligerantes poseían reservas casi inagotables de fuerza económica, y que la guerra podía prolongarse por espacio de varios años, y hasta convertirse en un estado crónico (2).

Cinco años más tarde, una de las más graves *consecuencias económicas de la paz*, la inflación monetaria, comprobaba punto por punto las viejas teorías y previsiones monetarias que David Ricardo había enunciado en 1809 en *The High Price of Bullion*. Sin duda, por tratarse de un documento de fecha tan remota y de una verdadera obra maestra, los financistas y los economistas de nuevo cuño habían dejado de leerla, echándola en olvido; y empleaban ahora sus ocios en construir más adecuadas teorías monetarias, a las que venía de perlas la estimación de un crítico famoso: *Mucho bueno y mucho nuevo, pero lo bueno no era nuevo y lo nuevo no era bueno* (3).

2. — No es inoportuno, por consiguiente, someter a la revisión los conceptos fundamentales de la ciencia económica, fijando rigurosamente algunas proposiciones de carácter general, que le sirven como de punto de partida. Recurriremos para tal menester a la ética de Aristóteles, donde, como ha de verse, aquellas proposiciones se hallan formuladas con toda claridad.

Admitido por el estagirita, según consenso unánime, que la felicidad, bien de suyo suficiente y perfecto, es el fin último de la vida, demuestra que ella no es otra cosa sino la propia actividad humana en su perfección, la actividad del espíritu conforme a la razón (4).

El hombre es, pues, actividad y desarrollo en su mayor excelencia de virtud, como es obra del citarista el tocar la cítara y del eximio citarista el tocarla bien. Y la virtud perfecciona el acto propiamente humano, cuando es hábito que torna en bueno al hombre y en buena su conducta; por- que, como una golondrina no hace verano, un solo día y un solo acto de virtud no hacen al hombre virtuoso y feliz (5).

La virtud es, para el estagirita, un hábito de proponerse algo que consiste en un razonable término medio: un término medio de cordura entre dos vicios opuestos, a saber, el exceso y la falta o exigüidad. Pero la virtud no puede repudiar al placer, pues éste se halla como inserto en la propia

(2) V. PARETO, *Conflitto di razze e i suoi principali fattori sociologici*, publicado en *Giornale d'Italia*, 25-9-914.

(3) Es el caso del profesor G. CASSEL (*Money and Foreign Exchange*, 1922), cuya teoría de "la paridad del poder adquisitivo" pertenece esencialmente a Ricardo (Cf. J. M. KEYNES, *A tract on monetary reform*, p. 87, London, Macmillan, 1924). Nada comparable, sin embargo, al regocijante y pandantísimo libro de J. F. KNAPP *The state theory of money*, 1905, cuya gran boga data de su segunda edición, publicada en 1918, y que no hace mucho intentó difundir entre nosotros el señor Luis Olariaga.

(4) ARISTÓTELES, *Ética nicomaq.*, I, vii, 9-10.

(5) ARISTÓTELES, *op. cit.*, I, vii, 14-16.

actividad del hombre. En otros términos, el hombre tiende naturalmente al placer y rehuye el dolor (6).

En general, agrega, del placer y del dolor hay un más y un menos, entrambos imperfectos. El término medio y la excelencia que son propios de la virtud, consisten en probar qué afectos convienen, cuándo, en qué y hacia quién convienen. Ese término medio no es como una media aritmética entre dos extremos, sino que, por el contrario, varía de un individuo a otro y según las circunstancias. De tal suerte, cada uno, como se procura el alimento, procúrase también lo que para él es bueno. Placer y dolor son, pues, subjetivos, y, hasta cierto punto, mensurables (7).

Sin embargo, placer no es lo que tal parece al torpe y al malvado, como no se juzgan sanas, dulces o amargas, las cosas que tales parecen a los enfermos; ni es movimiento ni generación, siendo su forma en sí siempre perfecta; ni puede considerarse como la cesación de un dolor, existiendo placeres que se suscitan con prescindencia de toda sensación de dolor, como los placeres del estudio, y entre los sensibles, los del oído y la vista.

El placer es la más alta perfección del acto sensible, y esta perfección se verifica en sumo grado, cuando el sentido es óptimo y actúa en relación a un objeto óptimo. El placer — agrega el estagirita — perfecciona el acto, más que como un hábito inserto en él, como una acentuación final que sobreviene no de otra manera que la belleza en la edad florida (8).

¿Cómo se explica, pues, que nadie se entregue ininterrumpidamente al placer? Ninguna de las humanas energías puede durar continuamente, ni por lo tanto el placer que sigue a la energía. Ciertas cosas nos alegran, porque son nuevas para nosotros, y precisamente por ello no lo son de igual manera más tarde. El placer se disipa, pues, lentamente (9).

En otros términos, la sensación de placer se interrumpe y se renueva como una exigencia de la conducta normal, de aquel razonable término medio de Aristóteles, que constituye la mayor perfección del acto sensible, la más alta virtud ética de la buena felicidad. El placer continuado, en cambio, se degrada y disipa lentamente. Aristóteles, según puede verse, formula con claridad incomparable la teoría de la llamada selección natural, en cuanto tiene de aceptable; pero al establecer los fundamentos del mundo moral relega el placer y el dolor a la posición subordinada que, respecto a la conducta, lógicamente les corresponde. Su genio evitó el escollo, mejor dicho la trivialidad materialista de confundir o

(6) ARISTÓTELES, *op. cit.*, II, vi, 4-11.

(7) ARISTÓTELES, *op. cit.*, X, iii, 2-13; iv, 1-4.

(8) ARISTÓTELES, *op. cit.*, X, iv, 5-6.

(9) ARISTÓTELES, *op. cit.*, X iv, 9.

estimar como equivalentes el estímulo fisiológico y el fenómeno psíquico que del mismo resulta.

3. — En nuestros días, la ciencia biológica repite y adorna presuntuosamente, en un estilo más prosaico, pero no más concreto, los antiquísimos conceptos de la ética nicomaquea. La vida es energía y lucha, y la selección natural asegura la supervivencia de los más aptos, es decir, la de los organismos mejor constituidos, de los que se adaptan más completa y rápidamente al medio en que viven; en otros términos, de los que hallan en la composición físico-química del medio ambiente las substancias que aseguran su nutrición.

De esta adaptación resulta, para el organismo, la perfección del acto sensible, la sensación de placer que le nutre y fortifica y la sensación de dolor que le agota y le destruye. Y la vida, la vida sana y normal, se concibe como un saludable equilibrio entre las fuerzas que conservan y las que destruyen el organismo, vale decir, como aquel razonable equilibrio del estagirita, entre dos vicios opuestos e igualmente nocivos, a saber, el exceso y la falta o exigüidad (10).

Del punto de vista fisiológico, *strictu sensu*, son sensaciones de placer las que, como tales, sienten tanto el organismo sano como el enfermo y el degenerado. En consecuencia, son sensaciones placibles las que, como tales, experimentan el hombre sano y normal, y, además, el enfermo, el malvado y el vicioso. Así, puede decirse que: a) todo placer *prolongado* decrece hasta extinguirse; b) todo placer *repetido* crece hasta un máximo, que depende de la frecuencia en su repetición.

No es fácil, ni acaso posible, separar el aspecto ético del aspecto económico de la conducta, como pretenden hacerlo los economistas, al formular el problema fundamental de la ciencia pura. Evidencian esta ineludible dificultad, la distinción paretiana entre utilidad en general y utilidad económica, las reflexiones de Marshall acerca del grado de aptitud, educación y cordura de la población en general y de la población de Inglaterra en particular, y las consideraciones de Pantaleoni acerca de la naturaleza del acto económico, y de aquella modalidad de la conducta ética que, impropiamente, denomina *egoísmo de especie* (11).

Si el problema de la conducta consiste en realizar aquel término medio de virtud y de placer, de que discurría profundamente Aristóteles, puesto que el placer está como inserto en la actividad humana, la consideración ética es esencial para definir el acto económico, y de tal carácter son incuestionablemente las que, mal disimuladas bajo forma de con-

(10) PANTALEONI, *Principios de economía pura*, p. 26, Buenos Aires, 1918.

(11) V. PARETO, *Cours*, I, núm. 10-16. MARSHALL, *Principles of Economics*, lib. I, cap. III. PANTALEONI, *Erotemi di economia*, I, 69, nota 1, Bari, Laterza, 1925; *Economía pura*, pp. 30-35.

veniencia general o colectiva, formulan aquellos escritores. En otros términos, el acto moral es el acto económico normal.

Por consiguiente, del punto de vista económico, sólo se consideran sensaciones de placer, las del organismo sano y normal, aquellas en que, según Aristóteles, el sentido es óptimo y actúa en relación a un objeto óptimo; vale decir, las sensaciones del hombre normal, en cuya gestión económica se manifiesta la que aquél denominaba virtud dianoética por excelencia, conviene a saber, la cordura.

4. — Tales son los postulados de la teoría de la utilidad, o, si se quiere, los principios fundamentales que sirven, en la economía política, como punto de partida de la investigación científica. Si esos principios se verifican, hay una conducta económica normal que, en igualdad de circunstancias, se repite constantemente de una manera uniforme. Si por el contrario, no son ciertos, si no se verifican de una manera constante y uniforme, no existe la posibilidad de construir una ciencia económica.

Esos postulados pueden también enunciarse por medio de la lógica matemática, de una manera más rigurosa, y, por consecuencia, menos expuesta a los equívocos verbales de la lógica ordinaria. Esta sola ventaja impuso, en la ciencia económica, el empleo de los gráficos y del lenguaje analítico, con abstracción del valor seguramente limitado de los mismos como instrumento de investigación.

Huelga decir, pues, que tales postulados no se alteran ni se transforman caprichosamente en conceptos matemáticos, por el hecho de expresarse y razonarse mediante el lenguaje de la ciencia de las cantidades. Sólo para el ignorante, un concepto se transforma o desnaturaliza al ser trasladado de un idioma a otro, cuando la traslación es posible. Los conceptos económicos pueden razonarse mediante la lógica matemática, porque son esencialmente matemáticos. Si no lo fuesen, no podrían razonarse como cantidades, como no pueden razonarse de tal suerte conceptos no matemáticos tales como la idea de bondad, la idea de belleza o el concepto de Dios.

Por lo demás, según observa festivamente Pareto, es natural que si una persona no sospecha la existencia de un problema, no sienta de ningún modo la necesidad de resolverlo.

5. — Si el individuo (o la colectividad, en su caso), tuviese tiempo y medios disponibles en superabundancia tal que pudiese disfrutar de todas las satisfacciones o placeres posibles hasta el punto de saciedad, no existiría ningún problema económico, esto es, no se plantearía el problema de distribuir el tiempo y los medios disponibles entre los placeres o satisfacciones posibles, de modo que procurasen un máximo de satisfacción (máximo hedónico).

Aun en tal hipótesis, evidentemente irreal, el individuo sano y normal, si fuese la suya una conducta de cordura,

disfrutaría de todas sus satisfacciones hasta el punto de saciedad, mejor dicho, hasta un punto indefinidamente próximo al de saciedad, y el máximo hedónico estaría definido, para él, aproximadamente, por la igualdad de todos los grados finales de satisfacción.

El problema económico se plantea, precisamente, porque, con los medios y el tiempo disponibles, no pueden disfrutarse todas las satisfacciones posibles hasta el punto de saciedad definido, como queda dicho. Se trata de saber, entonces, cómo han de distribuirse los medios y el tiempo disponibles, entre aquellas satisfacciones, a fin de lograr un máximo hedónico.

En esta segunda hipótesis, evidentemente real, como en la primera, el máximo hedónico se define mediante la igualdad de los grados finales de satisfacción. Mientras el individuo no verifica esta igualdad, se mueve económicamente. Y así disminuye los medios y tiempo empleados en disfrutar de una satisfacción que tiene cierto grado final o índice de urgencia, para aumentar los que emplea en disfrutar de otra, que tiene un grado final o índice de urgencia mayor.

Pero a medida que realiza estas traslaciones, el grado final de la primera crece y el de la segunda decrece. Todo movimiento cesa evidentemente cuando ambos grados de satisfacción o índices de urgencia son iguales. En otros términos, la satisfacción total crece y la satisfacción final decrece, con el crecer del tiempo y de los medios destinados a ellas.

Ocioso es agregar que, en la realidad, este estado económico de reposo no se verifica nunca, porque las condiciones técnicas y naturales de la producción de los bienes y las condiciones económicas de los mercados, como los gustos de los consumidores, se modifican con mayor celeridad que la que emplean estos últimos en adaptarse a ellas. Se trata, pues, de un estado límite, sin cesar perseguido y jamás alcanzado, hacia el cual tienden los esfuerzos económicos de los hombres.

6. — Si, en general, se denomina utilidad a la satisfacción que procuran los bienes económicos en cantidades determinadas, debe distinguirse la utilidad total, de la utilidad final o marginal. La primera es función creciente de la cantidad, en otros términos, crece con el crecer de la cantidad. Para un individuo, pues, la utilidad de una cantidad determinada de un bien, que se suma a la cantidad también determinada del mismo por él ya poseída (cantidad esta última que puede ser pequeñísima), es el incremento de satisfacción que la primera cantidad le procura.

La utilidad, reducida a la unidad, dice Pareto, se denomina utilidad marginal. Así, supóngase un hombre que ha bebido un litro de cerveza; un centilitro todavía tendrá para él cierta utilidad; ésta, dividida por el centilitro (para re-

ducirla a la unidad), será poco más o menos, la utilidad marginal que corresponde a un litro de cerveza.

Walras supuso que la utilidad de un bien no dependía sino de la cantidad de este bien. Edgeworth estudió el caso más general (el caso real, debiera decirse), en que la utilidad de un bien depende de todas las cantidades de todos los bienes económicos.

En esta última hipótesis, las derivadas parciales de la función de utilidad total, respecto a las cantidades de los distintos bienes son las utilidades marginales de los mismos. Esta función de utilidad total existe siempre, en el caso teórico estudiado por Walras, esto es, cuando la utilidad de un bien no depende sino de la cantidad del mismo. Puede no existir en el caso estudiado por Edgeworth, si la utilidad no sólo depende de las cantidades de los bienes, sino también del orden en que debe disfrutarse de ellas.

La segunda derivada de la función de utilidad total es siempre negativa. La primera derivada, del punto de vista fisiológico puede ser negativa o positiva. Del punto de vista económico es positiva, porque el individuo puede siempre abstenerse de disfrutar un bien antes de alcanzar el punto de saciedad, en que comienza el dolor; y efectivamente, se abstendrá, si procede con la cordura propia de la conducta económica normal, según se ha dicho (12).

(12) *Revista de Ciencias Económicas*, año IX, núm. 96-97, pág. 375: *Nota de economía matemática*, por L. R. GONDRA.

Luis Roque GONDRA

Profesor de Economía Política
